

¡Ay Mari Cruz!

El otro día viajaba yo en autobús, creo que era el 10, cuando a mitad de mi trayecto subió un señor con bastón que avanzaba con dificultad por el pasillo incluso mientras estábamos parados por el semáforo en rojo. Con una mirada comprobé que había muchos asientos verdes libres. El señor podía elegir el que mejor le viniera. Y me quedé satisfecha.

Cuando llegábamos a mi parada, el señor se levantó y se aproximó a la puerta sin problema. Yo hice lo propio; y a la hora de bajar me mantuve atenta a sus movimientos por si precisaba ayuda. Se apeó, y se ofreció para ayudarme a bajar a mí. Rehusé su ofrecimiento, le di las gracias, y creo que balbuceé algo así como que todo estaba bien. Y me quedé avergonzada.

Y es que, desde que se publicó la convocatoria de los premios albergó la idea de participar en el concurso para expresar mi propia vivencia ante las diversas situaciones de discapacidad que la vida me presenta. De un tiempo a esta parte siento que he de aprender a mirar para comprender, y que también necesito que se me tenga en cuenta como observadora, con la suficiente pedagogía como para permitirme a mí misma mejorar.

Por ese motivo estoy sumamente agradecida a las personas que han accedido, cada cual a su manera, a tomarse su tiempo para dejar de lado su propia discapacidad y convertirse en agentes divulgadores, habida cuenta de su situación, con el fin de que yo alcanzara a percibir algo de su mundo para hacerlo mío. En otras palabras: Para enriquecer mi alma.

Con esa actitud, lanza en ristre he llamado a la puerta de Mari Luz a la que conocí hace años y cuya alegría de vivir contagiaba a cualquiera que estuviera en el entorno de su silla de ruedas. Me recuerda y se alegra del reencuentro. Bendito seas Zoom cuando unes a las personas. Me intereso por ella, por su salud, por su familia, todo en vano.

— ¿Y tú, Clara? ¿Qué tal tú? Cuenta, cuenta, cuenta cositas tuyas que quiero sabérmelas todas.

Soy franca y le explico el principal motivo de la llamada. Me admira ver cómo se alegra. Como siempre, por cierto. Prometo volver a quedar para hablar sólo de nosotras.

Le cuento que encontré a Fernando. Un chico con parálisis cerebral que me explicó que su situación era leve y por lo tanto yo debía aprender a tener eso siempre en cuenta si conocía a otras personas parecidas a simple vista.

— Qué sensato siendo tan joven. Fernando ahora será un hombre...

— Eso espero. Entonces era un adolescente que había aprendido a llevar un almacén manejando un ordenador con un programa adecuado a su capacidad y necesidades. Su madre se desvivía para que él aprendiera todo lo posible en esa etapa de su vida.

— Seguro que sí. Su madre haría todo lo que pudiera para darle un oficio. Como la mía para que yo estudiara magisterio.

— Ahora que la nombras; recuerdo a tu madre, que siempre te acompañaba, como tu ángel.

— Sí... ¿Te acuerdas de ella?...

— Ya lo creo.

— ¡Era tan buena!

— Me acuerdo perfectamente del primer día que vinisteis. Era sábado. Llevabas puesto un pantalón rosa y una chaqueta de terciopelo, rosa también...

— Y salí del despacho con el contrato de trabajo debajo del brazo... de la silla de ruedas.

— Respingó Mari Luz riendo. — Pedí trabajo y no me respondieron; hasta que al final ese sábado fui contratada. Y ahí estuve hasta que me jubilé. ¡Anda ya!

Su carcajada es contagiosa a más no poder; pero es ella quien marca los tiempos y el fluir de mis emociones. Me encanta sentirla así, al control.

Me consta que un día envió su currículum al colegio. Cuando cambió el equipo directivo encontraron sobre la mesa del director el sobre sin abrir, sellado por Correos tres meses antes.

— Creo que gracias a mi madre, yo nunca me he sentido inválida; aunque para los demás fuera eso que ahora se llama una discapacitada funcional.

— Yo siempre te he visto muy válida; tanto en la silla de ruedas como sin ella, con tus hierros en sendas piernas... ¡Cómo nos reíamos con esa frase!

— Era la canción: «Por la senda vooy» Buenísima.

Reímos de buena gana unos momentos. Ya es hora de que me sincere.

— Por cierto, ¿a que no sabes que, como por discreción nunca pregunté cuál era la causa, nunca supe que lo tuyo era por la polio? Me lo dijo el otro día María Mercedes, cuando me pasó tu contacto.

— ¿Y qué más te da, mujer?

— Pues que ahora quiero aprender todo eso. Ayúdame. En serio, si puede ser...

— Sí. Puede ser.

— Gracias. Pues sigo pasando revista a la gente con cualquier tipo de discapacidad que he encontrado en mi camino, y me ayudas a revisar mi actitud.

— Si eso te es útil, adelante. Cuenta conmigo.

— Cuando corrían unos tiempos extraños y sólo se reconocían las minusvalías cuyo origen era grato, sin esperarlo me encontré con una asociación de personas con discapacidad...

— ¡Esa asociación era nacional! y agrupaba a lo que se dio en llamar inválidos civiles, ¿A que sí?

— Sí. Y yo creo que en ese colectivo entraron en tromba todos aquellos hombres que se hacían los indispensables a la hora de aparcar los coches, los *gorrillas*. Iban con un uniforme de un gris sufrido, identificados, y con gorra de las de plato. Estuvieron en el lado perdedor y comprendí que muchas de sus minusvalías tenían su origen ahí. Yo creo que, así asociados, se sentían con de algo de poder y con opción a fabular sobre el auténtico origen de su *desgracia*. Mari Luz, te aseguro que también conocí otros casos, resultado de accidentes que me parecían imprudencias inconcebibles, como los muñones de las manos desaparecidas de los chavales mientras jugaban a sostener los cohetes hasta que explotaban. Más de uno había perdido medio rostro, y le quedaba sólo un ojo. Había personas que nacieron con los miembros atrofiados, condensados en muñones o en diminutos pies; y otras veces la minusvalía vino tras un quirófano desafortunado. Cuántas cosas, Mari Luz; y secretos muy gordos.

— Eso es la vida, Clara. Hay que aceptarla y tirar *p'alante*. No hay otra salida. Algunas personas como esas, de todas las edades y con o sin espíritu de superación, son las que estaban escolarizadas en nuestra escuela. En algún sitio donde las quisieran tenían que estar. Míralo así y pasa de lo demás.

— Tienes razón. Vale. Reconozco que la rara habilidad de todas estas personas para abrirse camino en la vida, junto a la ausencia de sensibilidad social, me llevaron a cultivar algo distinto a la compasión o la incredulidad. Te soy sincera. Para mí es un grotesco cuadro de costumbres que debiera haberse evitado.

— Bueno, Clarita; de todo esto ya has aprendido algo hoy. Alégrate, mujer.

— Fíjate, en otro momento, en el Servicio de Rehabilitación del Hospital Malvarrosa, coincidí con personas víctimas de la Talidomida. ¡Algunas también en silla de ruedas! Ahí yo ya había cambiado un poco y te aseguro que la sinceridad que desplegaban al responder a mis preguntas me ayudó a darme cuenta de la necesidad de reivindicar su situación. Aunque no pudimos hacer nada. Sin embargo, mi amor por ellas y mi admiración por su templanza me llevó a darme de bruces por primera vez contra la inacción de los poderes públicos.

— Pero, ¿qué me estás contando? ¡Como si todos no supiéramos de tu empatía...! Clara, que me acuerdo de lo cara que has pagado más de una vez tu solidaridad con las causas perdidas. Haz el favor...

— Es otra cosa, Mari Luz. Es otra cosa. Palabra. Mira, déjame que te diga que ahora también estoy cerca de la polio; pero siendo consciente de qué es la polio, no como en tu caso. Y perdona.

— Desde luego, más tonta no se puede ser. ¿Cómo quieres que te diga que eso no cambia nada?

— Sí cambia. Sí, es preciso que cambie. Sí que quiero cambiar algo dentro de mí que me haga mejor persona sin beaterías conformistas, sin supersticiones ni maldiciones malignas, y sin cientifismos negacionistas de tres al cuarto.

— Pero eso es un trabajo de interiorización, cariño. Ahí solo puedes entrar tú. Yo puedo contarte cómo me sentí en momentos difíciles pero ¿para qué?, ¿para darte penita? ¡Anda ya!

— Me acuerdo de cuando vomitaste a escondidas en el seiscientos. ¡Mira que no pensar que el olor a agrio te iba a delatar!

— Es verdad. Ya se me había olvidado. Menudo número al llegar a *La Higuera* con aquel tufillo... No sabían qué decirnos para que nos fuéramos a la terraza.

— Y aquel día de tu cumple cuando te lanzaron a la piscina, silla incluida... ¿eh? ¡Qué brutos, pero qué brutitos eran los pobres!

— Calla. Sí, sí. Y se extrañaban de que no saliera... ¡Uf! Para mí, que ese día volví a nacer.

Revivo aquella escena y todavía me dan escalofríos. Fue un episodio de infarto. Casi un homicidio imprudente. Digan lo que digan, unos insensatos pusieron en juego una vida.

— Ya lo creo. Yo los hubiera castigado, expulsado, denunciado... sancionado de alguna manera, porque eran un serio peligro... ¿Sabes, de aquellos tiempos, lo que más se me ha quedado grabado?

— Vaya usted a saber... con el día que llevas hoy.

— Piensa un poco, va.

— No sé... A ver, a ver... ¡Lo de José Luis Perales! ¿A que sí?

Más que fan suya, Mari Luz era la enamorada número uno de José Luis Perales. A los cuatro vientos repetía que *El Perales* era su paisano, de Cuenca; de la ciudad de Cuenca. Y era divertidísimo escucharla cómo exponía sus «razones de peso».

— Pues mira, no. No es lo del Perales. Piensa un poco más.

— ¿Qué puede ser? A ver... Me rindo.

— Que la gobernanta, desde que supo cómo tenías el cuerpo por dentro, en lugar de llamarte Mari Luz, siempre te llamaba Mari Cruz mientras canturreaba la tonadilla de la copla: *¡Ay Mari Cruz, Mari Cruz; maravilla de mujer!* <sup>(1)</sup> Y tú siempre te desternillabas de risa. Fíjate, que yo creía que te llamabas Mari Cruz.

Vuelve a reír a carcajada limpia y me la contagia. Qué saludable es esta conversación.

<sup>(1)</sup> ¡Ay, *Mari Cruz, maravilla de mujer!* De Valverde, León y Quiroga, 1935. Interpretes I. Argentina, Estrellita, Marifé, C. Cano, etc.

— Es verdad, ya lo creo que sí. Es que aquella señora era tan divertida... a todo le sacaba punta para hacer chiste. Y mira que había discapacidades de todo tipo en la escuela.

— Había de todo, sí; como en la viña del Señor, que se suele decir.

— ¡Es que esto es su viña, Clara!

Insiste, sin perder la sonrisa, con la mirada fija en mis ojos, hasta que le doy la razón con un gesto serio. De repente, cambia de tercio y vuelve a sorprenderme.

— Espera, ¿a que no sabes, tú que te crees que lo sabes todo de todos, que gracias *al Perales*, como tú lo llamabas, me ligué a un buen novio, me casé con él y tenemos un hijo que es un sol?

— Es broma, Mari Luz. No te pases conmigo, por favor. Te lo digo en serio.

— De broma nada. Nació por cesárea y tiene 18 años. Se llama Julián.

Ni puedo ni quiero evitar la pregunta

— ¿Está bien, Julián?, quiero decir que cómo está tu hijo.

— Pues ¿cómo iba a estar? Perfectamente, mujer. Bueno, guapo, listo... En la próxima conexión te enseño fotos. Tráete las tuyas también. Así seguro que volvemos a quedar.

Me dejo para la próxima quedada el preguntarle qué tal con el síndrome post polio. Ya vale por hoy.

— Cómo me alegro, cariño. ¡Enhorabuena mil veces! No tenía ni idea.

— Ya ves, Clarita, que hay que tomarse las cosas como vienen, que vienen repartidas y sólo hay que mirarlas bien.

— Tienes razón. Estoy aprendiendo mucho en este rato. Espero que la gente conozca nuestra conversación para que te conozcan a ti.

Me doy cuenta de lo avanzado de la hora. No quiero abusar. Siento que he de despedirme.

— Mari Luz, he de reflexionar sobre lo que hemos hablado. Y luego he de escribirlo. Y luego revisarlo... ¡Y entregarlo dentro del plazo!

— Ay Clara, Clara, maravilla de... de buena persona. Cómo me ha gustado hablar contigo. Ten por seguro que te leeré y te diré si me veo.

— Eso espero. Buenas noches. Te quiero.

— Y yo más a ti.

Ha finalizado la reunión.

Mari Luz, amiga mía, qué grande eres. Ojalá te reconozcas en estas líneas.

Árbol de Jade